

levantábamos al amanecer y a mí me fascinaba ver cómo la luz del sol al filtrarse por entre las hojas de los árboles, formaba brillantes figuras que danzaban sobre la espesa yerba y hacían centellear como piedras preciosas los millones de irisadas gotitas que salpicaban el musgo y los helechos. Flores raras se asomaban por entre el tupido follaje. Orquídeas de suaves y variados tonos y de mil formas caprichosas rivalizaban con los millares de lindas mariposas que revoloteaban por doquier. Pero luego, en el invierno, con sus lluvias incesantes, perdidas mis esperanzas y agotado por las fiebres, en las largas, tristes y húmedas tardes se me antojaba la enmarañada selva una prisión sombría en donde mi alma cautiva se llenaba de desesperación.

Como a implacables carceleros consideraba entonces los árboles gigantescos. Sus espesas copas no dejaban pasar a la claridad del día, sus raíces escondidas entre tupida maleza convertida en valladar formaban guarida de venenosos y repugnantes reptiles.

Las fiebres y las penalidades sufridas dieron al traste con mi salud y me ví obligado a retirarme.

Adonde yo luchaba entre impenetrables bosques poblados de feroces jabalíes, panteras y pumas, pronto se levantarán cinco hermosas poblaciones y los ferrocarriles correrán por entre los sembrados para sacar los frutos hacia la costa.

Aeroplanos colosales cruzarán los aires llevando y trayendo pasajeros y carga, adonde ahora nos toma días de agotante subir y bajar por las laderas de las montañas, vadeando ríos y esquivando precipicios.

Nadie se acordará entonces de los esfuerzos realizados por nosotros, de los interminables días de lucha, de las horribles noches que pasamos en las selvas impenetrables y tenebrosas que cual hambrientos colosos destruían a los hombres aprisionados entre sus garras.

Lo escuchaba con atención concentrada. Admiraba su personalidad audaz y fuerte, y le complacía oír los relatos que le hacía con su voz profunda y armoniosa.

Pero ya se hacía tarde y debía ir a la casa de Julieta. Se encontraban muy frecuentemente, y hubiera sido muy molesto no mantener una aparente amistad. ¡Qué de comentarios se provocaría entre los amigos y los parientes si no lo hicieran así!

Julieta había cambiado asombrosamente. Era ahora una respetable matrona, algo entradita en carnes y, según decían sus amigas, bastante conservada. El tiempo, que antes dedicaba a devaneos, se le iba en estos días en infatigable dedicación a obras meritorias. Era presidenta, o secretaria, o tesorera o aunque fuese vocal, de casi todas las organizaciones de orden caritativo que había en San José. Su versatilidad

no tenía límites. Algunas tardes reunión, otras *bridge*, en las noches *poker*, y entreverado con esto, comidas, *cocktails*, téas o recepciones, siempre compuesta y estirada como conviene a una dama elegante y correcta.

Eso sí, los jueves por la tarde, lloviera, tronara o relampagueara, encaminaba sus pasos al hogar de alguna de los miembros del «Té de la Costura». Este era un compromiso sagrado y a la vez de su gusto.

Se había difundido extraordinariamente en San José la novel institución de los Téas de Costurá, al que pertenecían grupos reducidos de damas que teóricamente se reunían para realizar algún trabajo de aguja; pero que en el fondo tenían como único propósito común pasar una tarde de cada semana dedicadas a no hacer absolutamente nada más que conversar, tije-retear y comer—o por lo menos esa era la opinión de los maridos de estas dignísimas damas. La reunión se repetía sin variaciones cada jueves en las diferentes casas de las socias, según el orden estricto de la rotación convenida.

Esa tarde correspondía a Julieta recibir en su casa. Llegó Ysabel cuando las socias reunidas ya, iniciaban sus interesantes conversaciones y planteaban sus problemas en medio de una ruidosa algarabía.

—¿Nadie sabe de una cocinera?—preguntaba alguna con patético acento.—Figúrensen, la



mía, después que la enseñé desde hacer arroz, me la sonsacaron, de una legación, ofreciéndole más sueldo...

—¡Ay, ni me contés!—exclamaba otra con desolación.—¿Te acordás de Dalia, la china de Paquito? Diez años en la casa, mi brazo fuerte... pues no se le ocurre cosa mejor que irse a Panamá... a sudar a chorros...

—¡Jesús, ni digás, si ya no se puede vivir y menos con esos inventos de cesantía y pre-aviso y qué sé yo cuántos enredos más!...

—¿Tella, vos no tenés un primo que toca clarinete? Vieras como estoy de mal de instrumentos de viento. Materialmente no se consiguen... y yo que tenía la ilusión de presentar la Marcha de *Aida* en el concierto de abono de este mes.

—¿Ydiai, ya nadie pone plata en el chanco? Así no se podrá hacer la fiesta con maridos...

—No me pasés más empanadas porque ya me he comido siete, y acordáte de la silueta...

—¿Por qué no hacés la dieta de leche con banano? Es la mejor, y yo...

—¡Adió, que va, la de huevos duros con tomate es magnífica; yo una vez perdí dieciocho...

—Mirá, Emma, ¿porqué no me regalás unos hijitos de aquella mata tan regia, de chorreras moradas, que trajiste de Méjico?...

—¡Cinco divorcios de parejitas jóvenes en menos de un año, me parece simplemente un desastre! Yo no sé qué vamos...

—¿Oyeron lo que decían esos lindos anoche por el radio? Yo creo que ya lo mejor sería que de una vez nos llamáramos *Soviética* en lugar de Costa Rica...

—¿Ydai, qué querés? ¡Si ya aquí no hay hombres...!

Mirando su lindo relojito de pulsera, a las cinco se retiró Ysabel. Hacía días que no iba a visitar a su madre y no quería que se le pasara ese día sin hacerlo.

\*

Al entrar al zaguán de la antigua casa de doña Mercedes, recibió a Ysabel el mismo olor a cera y a alucema que la transportó a aquellos años lejanos pasados en Cartago. En esta casona llena de recuerdos vivían juntas las dos viejitas, desde la muerte de don Rafael, acaecida poco después de la de doña Mercedes.

Ysabel viajaba en ese entonces con Alfonso por Egipto, Marruecos y otros sitios del Norte de Africa.

—¡Dichosos ojos...!—le dijo su tía Eloísa— Ya creíamos que te habías ido a otro de tus benditos viajes a Cuba o a Nueva York.

—¡Sí, qué barbaridad! Hace más de una semana que no vengo—confesó Ysabel—. No sé en qué se me va el tiempo. Con tantos compromisos se me pasan los días sin darme cuenta y...

Doña Margarita la interrumpió:

—Pero Ysabel, mi linda, ¿hasta cuándo se va a creer usted una pollita de quince?—. Y luego continuó—: De seguro a María Elena, cuando vuelva del colegio, no le va gustar encontrar a su mamita haciéndole la competencia. Y además, no es propio de una viuda andar por ahí de fiesta en fiesta, vestida de colorines. Pocos años más que los que usted tiene ahora tenía yo, Ysabel, cuando falleció Rafael, y desde entonces no me quito el luto, ni me lo quitaré mientras viva.

—¡Pues es verdad!—calculó Ysabel estupefacta—muchos años antes de que muriera papá ya yo consideraba vieja a mamita y me hubiera chocado si la hubiese visto haciendo la misma vida que yo hago ahora.

Súbita compasión la invadió. ¡Qué horror de existencia llevan mamá y tía Eloísa: ni un halago, ni una ilusión... De la casa a la iglesia y de la iglesia a la casa, sin otra distracción que rezar y aliviar el dolor o alegrarse de la dicha del prójimo. ¡Son unas santitas, unas verdaderas santitas lindas y yo las adoro...! ¿Pero, por qué no seré yo, Dios mío, como esas personas que gozan intensamente sacrificados por los seres que aman?

Volviendo a la realidad:—Bueno, mamita—le dijo toda compungida, llevando el asunto a broma para hacerla cambiar de humor—: si no



me hace más esa carita tan triste, le prometo que cuando venga María Elena del colegio, me volveré una pura vieja, de la noche a la mañana. Mire, así, con el pelo bien alisado para atrás, usaré hábito del Carmen y zapatones de tacón bajo.

E Ysabel se encogía y se encorvaba caminando por la habitación con paso vacilante, la cabeza temblorosa y los labios entre los dientes, como si ya estuviese desdentada y en el colmo de la ancianidad.

Doña Margarita terminó por reírse celebrando el chiste, como siempre lo había hecho así con esta hija caprichosa y rebelde, pero graciosa y oportuna.

—Bueno, mi hijita, espéreme aquí con Eloísa, mientras voy a la reunión del Asilo de Incurables. Ahoritica vuelvo.

—Sí, sí, andáte, dejála conmigo... tenemos mucho que contarnos—asintió Eloísa.

La llevó a su cuarto, una fría y escueta habitación. En las paredes una verdadera galería de retratos, en su mayoría de Ysabel y de María Elena, entreverados con los numerosos santos de estampa o de bulto, constituían el único adorno de este aposento medio claustral, reluciente de limpieza. El piso parecía un espejo y las cortinas de las ventanas, impecables y de blanca muselina de confitillo. A uno y otro lado de la modesta cama de hierro pintada de

blanco y cubierta por alba colcha, estaban las mismas litografías que le eran tan familiares desde su niñez: «La Muerte del Justo» y «La Muerte del Pecador».

Un escalofrío le corrió por la espalda a la sola vista de esta última alegoría. Cuando niña la había llenado de espanto y le había hecho pasar muchas noches en vela temblando de miedo al recordar el horrible aspecto del desgraciado y verdoso moribundo que se retorció en su lecho de muerte con horrenda mueca de dolor y angustia marcada en su semblante, y los negros y horribles demonios que con infernal regocijo lo pinchaban con largos y afilados tridentes, mientras gozosos brincaban entre las rojas y amarillas llamas.

—¡Mirá, Ysabel!—comenzó su tía, resuelta a aprovechar la ausencia de doña Margarita para decirle todo lo que venía guardando desde hacía mucho tiempo.—Ya ves que delante de tu mamá no te digo mucho. ¡Ya sufre bastante la pobrecita!

Y sacando la barba con decisión y apretando la boca hasta dejarla hecha un mero hilo, la increpó en mil formas por la conducta que llevaba y la regañó sobre todo por estar jugando *poker* todo el día y a veces hasta la madrugada.

—¡Ni que fueras un tahir!

Le reprochaba también que se dedicara a ese nuevo juego, a eso que llaman *bridge*, que no se puede jugar más que en parejas. Y le daba



un jalonazo a modo de énfasis, a su imprescindible pañoleta de crochet color gris a la vez que le decía:

—Sabé que nada de esto me gusta ni poquito y que no te lo pienso tolerar.

—¿Cómo es posible—gruñía, presa de indignación—que tengás estrecha amistad con ese trotramundos de Miguel, ese aventurero, ese hijo de la pobrecita Rosaura, a quien ha sacado más canas con sus locuras que ánimas hay en el purgatorio? De seguro que vos no sabés la fama que tiene. ¿Pero para qué decirte nada si vos no le oís consejos a nadie?

—Pero tía, por Dios, no se altere tanto, si hace tiempos que no lo veo—le replicó, tratando en vano de atajar el torrente.

—¿Y ese otro pocapena de Jorge qué sé yo cuántos, que nadie sabe quién es? ¡Sí, sí, ya sé! —seguía implacable tía Eloísa—que era primo, casi hermano de tu marido, que Dios en su gloria tenga, que te maneja tus asuntos y que esto y que lo otro y que lo de más allá; pero sé que ni tu mamá ni yo aprobamos esa libre entradera y salidera de ese señor en tu casa, cada vez que viene a Costa Rica a algo, que según dice la gente no es muy santo...

—¿Creías que no lo sabíamos?... ¡Jesús! si le sobran pies y lengua a la gente para venirnos con cuentos... ¡Dejá que se entere Pedro y vas a ver lo que es cajeta!

—Bueno, tía, tan bravita está que mejor me voy—le dijo Ysabel impaciente y resolviendo no esperar a su madre—; dígale a mamá que me espere a almorzar mañana.

Lanzando un suspiro de alivio, sin más pensamiento que el huír de molestias y correr a divertirse, se fué despreocupada y sonriente.

\*

—¡Si usted supiera, Ysabel, cuánto la quiero... pero no, no se lo puede imaginar siquiera! Es una pasión loca, un cariño tan grande, que nada que hubiera hecho o que pudiera hacer usted podría hacerme cambiar de sentimientos!

Ysabel lo escuchaba sorprendida. Nunca le había hablado Miguel en esos términos. Mundano, bromista, gran conversador, evidentemente gustaba de ella; pero no le había dicho hasta entonces ninguna palabra de amor.

Esa tarde había llegado poco antes de la hora de comida, mostrando una nerviosidad ajena a su carácter, pues siempre se mostraba indiferente y escéptico.

Desconcertada no supo qué decirle, sobre todo al notar, con disgusto, que exhalaba un fuerte olor a licor.

¡Está borracho!—se dijo—¿Cómo haré para que se vaya?

Con voz aguardentosa, como en un monólogo, Miguel seguía su declaración de amor:

—Yo también he tenido mis horas malas; pero con usted a mi lado me siento capaz de mover montañas. Estoy resuelto a cambiar completamente. Ni una sombra de nuestro pasado oscurecerá nuestras vidas. Todo podrá ser como si nunca hubiera sucedido. El dinero todo lo puede. Nos iríamos muy lejos de aquí y en alguna ciudad apartada seríamos libres.

Con una evidente alteración en la voz que hacía confusas sus palabras y muy difícil de entenderlas, continuaba sin esperar respuesta:

—Usted no sabe, machita, que yo conozco el secreto de las esmeraldas y que muy pronto seré rico y poderoso y podré ofrecerle a usted los lujos que le son tan indispensables. Mañana me voy para Talamanca; pero regresaré muy pronto y quiero que me prometa que a mi vuelta se casará conmigo... ¿Verdad que sí, machita, verdad que nos casaremos en seguida que vuelva?

Le cogió una mano, que Ysabel en vano trató de retirar mientras se preguntaba en el colmo de la intranquilidad: ¿Cómo haré para salir de este hombre...?

Hizo un esfuerzo por sonreír y ser amable, y en voz muy queda le dijo:

—Yo le tengo a usted mucho cariño, Miguel, y me encantaría seguir nuestra amistad cuando regrese; pero casarme... no sé... no entraba en mis planes. Yo tengo una hijita y...

—¡Ah sí, con que esas tenemos!



Y con sarcasmo, recalcando estas palabras agregó:

—¡Con que no se casa porque tiene una hija, eh!

Le hablaba con una voz bronca y sus ojos inyectados la miraban con un gesto de supremo desdén.

—¡Me lo dijeron... me lo aseguraron... y yo, bruto, estúpido... no lo quise creer...!

—Mire, Miguel, mejor es que se vaya—le suplicó Ysabel alarmada y molesta—Hablaemos otro día; ahora vienen visitas y no quisiera...

—¡No me voy!—rugió enfurecido—. ¡No me da la gana!

—¡Dios mío, está loco...!—murmuró Ysabel sin pensar, en medio de su preocupación, que pudiera oírla.

—¡Ojalá lo estuviera!—gritó como un energúmeno—¡Ojalá pudiera saber también que usted está a salvo aunque no se lo merece!

Y casi lloriqueando siguió diciéndole, mientras ella lo contemplaba con creciente aprensión y disgusto:

—¡Usted está en peligro y no lo sabe! Ese hombre malvado, ese Jorge Mirain, la llevará a la ruina si usted no se aparta de él! ¿No comprende que sé lo que le digo? Yo he rodado tanto, he visto tanto... y anoche mismo ¡Quiero librarla de él... quiero hacerla feliz...!

—¿Are you ready, Ysabel?

La voz amiga de Lawrence Gleason nunca sonó más agradable en sus oídos.

—¡Oh, Larry! ¿Es ya hora de irnos? Dispénseme un momentito, voy a darme un retoque...

Miguel se quedó un rato, todavía, nervioso, enfurecido y fumando sin cesar; como un león enjaulado daba vueltas por el salón. Cuando Ysabel regresó, vió con alivio que ya se había marchado.

Era Lawrence uno de sus constantes adoradores. Con tenaz empeño la seguía adonde quiera que fuera. Había liquidado sus negocios, y su única ilusión era estar cerca de Ysabel. Desde que la conoció, pocos años después de la muerte de Alfonso, le pidió que se casase con él. Sin desanimarse con su negativa, había acariciado siempre la esperanza, que ya empezaba a perder, de que Ysabel terminaría aceptando su amor. Pero aún continuaba Larry Gleason, al decir de sus amigos, planteándole cuando menos diez veces al día la misma pregunta:—Ysabel, *¿will you marry me?*

En la radio del auto, que veloz corría por la carretera de San Pedro, una voz ronca de mujer entonaba muy quedo: «Entre tú y yo se interpone un abismo...».

En el alma de Lawrence vibró la premonición de lo no sucedido aún; presintió que el destino, implacable, lo apartaría cada día más de Ysabel.

Más tarde, sentado a su lado a la mesa, mientras a su derredor reinaba ruidosa alegría y ella, con nerviosismo, daba vueltas a la frágil copa de *bacarat* con afilados dedos de uñas color granate, como su traje, como las eglantinas que derramaban su esplendor sobre el rico mantel, no se cansaba de mirarla. Esa noche la encontraba más atrayente que nunca, con un aire nostálgico, quizá en la expresión de sus ojos, quizá en un dejo melancólico al sonreír, que le prestaba singular hechizo. Le decía:

—¿Sabe, *darling*, que mañana salgo para Nueva York, a un asunto urgente? Y no debería volver para librarla de mi persona que le es tan fastidiosa. Tal vez así sentiría usted la nostalgia de mi ausencia... puede que entonces naciera en su alma una simpatía que la acercara a mí y la llevara a aceptar mi cariño...

Acostumbrada a tomar en broma sus cortejos, Ysabel se sorprendió al notar que sus palabras le habían producido cierta emoción.

Tomar en cuenta a Miguel sería un absurdo; pero... por qué no hacer feliz a Larry, pensaba. Siempre me ha sido muy simpático y con él volvería a ser la dama rica y opulenta de antes. Después de todo, ya no soy una niña... es preciso ser práctica. Debo tomar en cuenta las ventajas que esta unión traería a María Elena. No puedo desperdiciar la oportunidad que me brinda la suerte para devolverle la brillante po-



sición que fué su patrimonio. ¡Sí, me iré para Nueva York la semana entrante! ¡Ahí, lejos de necios y entrometidos, me casaré con Larry y no me volveré a separar de María Elena!

Se quedó indecisa unos instantes y luego murmuró:

—*¡You are sweet, Larry!* No creo que haga falta que se aleje de mí para que yo llegue a quererlo...

—*¿De veras, dearest... no fooling... ¿will you really marry me?*

En el colmo de la felicidad y olvidando la presencia de los demás invitados, Larry le tomó una mano y la besó con ternura.

Ruborizada, Ysabel la retiró con presteza.

—*¡Be good, Larry!*

—Bueno, pero prométeme que te vendrás a Nueva York cuanto antes y que nos casaremos enseguida que llegues...

—Desde luego, yo...

Las palabras se helaron en sus labios, al recordar que Jorge le había encomendado varias veces, y muy enfáticamente, no hacer viaje sin estar en completo acuerdo con él, so pena de poner en grave peligro las negociaciones. Tendría que escribirle y esperar su... sí, por qué no admitirlo... su permiso—se confesó molesta, y repentinamente la invadió un hastío inmenso.

Lejos ya de sentirse ufana de ser una mujer

excepcional, de cualidades sorprendentes, hacía muchos meses que con frecuencia se lamentaba de tener que ajustar sus actos a una voluntad ajena. Deseaba sacudir este dominio que la circundaba y oprimía como los muros de una prisión. Queriendo alejar estas mortificantes reflexiones se dispuso a prestar atención a la charla de sus amistades, que en ese momento era general.

—¿Conoce alguno de ustedes a un verdadero cristiano?—había preguntado el Dr. Weisenlander, el viejo sabio vienés que había hecho de Costa Rica su refugio contra las persecuciones de sus enemigos.

La pregunta había quedado sin respuesta, en el silencio general que la siguió.

—Pues yo no he conocido todavía a ninguno—continuó el viejo sabio—. Y si no, díganme ustedes, que han nacido y vivido en un mundo nuevo que pretende enmendar los yerros del antiguo: ¿Quién se quita el pan de la boca para dárselo a un hermano en desgracia? ¿Quién deja de asistir a un banquete mientras en el Asia mueren a millones por falta de un mendrugo? ¿Quién se desprende de un traje que sirva para cubrir las desnudeces de un prójimo?

—¡Por Dios, Herman, hablas como un bolchevique—lo interrumpió su esposa con un expresivo aleteo de sus largas y sedosas pestañas.

—*¿Aber nicht, meine liebschen?* Bolchevique

no, porque esa doctrina no es doctrina de amor sino de odio, porque sus prédicas no impulsan hacia la fraternidad, sino hacia la persecución y la muerte. ¡No, no...! Hay un abismo inmenso entre las dulces enseñanzas de Jesús, que se basan en el amor al prójimo y la mutua comprensión, y esa fatídica doctrina del comunismo, que sólo puede vivir fomentando el odio y dividiendo a los hombres y a las naciones como nunca lo han estado. Pero nuestras sociedades cristianas tienen que cristianizarse de veras. No podemos seguir cerrando los ojos a las angustias y miserias que sufren muchos de nuestros hermanos, si no queremos que en el fermento de su malestar y sembrando entre ellos el rencor, todas nuestras instituciones se vean en peligro de caer en las garras del anticristianismo, llámese fascismo, nazismo o comunismo, que al fin y a la postre vienen a significar lo mismo para el hombre que ama su libertad de conciencia y de pensamiento por sobre todas las cosas. Bien lo he podido ver yo, que vengo de ese *maelstrom* que es Europa, y que estallará de un momento a otro para llevar a la humanidad quizá a su hecatombe final.

—¡Uy, doctorcito, no se nos ponga tan trágico!—lo interrumpió Julieta simulando un escalofrío de terror—. ¡No será para tanto! Y ya que hablamos de Europa, ¿es cierto lo que se dice de los enredos de Hitler con la fulana aquélla?



Los primeros acordes de una guaracha tocada por una marimba acompañada de guitarras, pusieron fin a la conversación.

Entregada a las delicias del baile, muy pronto desechó Ysabel sus preocupaciones.

\*

—¡Qué aburrición de vida!—suspiraba Ysabel, poco tiempo después. ¡Pareciera que los días han echado raíces y no se mueven ni pasan!

No se explicaba porqué no recibía contestación de Jorge a la carta en que le manifestaba su deseo de partir cuanto antes para Nueva York.

Para calmar su impaciencia había ofrecido acompañar a Julieta en la que consideraba insulsa y tonta manía de andar por las tiendas buscando muestras.

Dicen que no hay corazón traidor a su dueño, y no obstante no había sentido Ysabel, esa mañana, más preocupaciones que la de entrete-  
ner su tedio y resolver su eterno problema: ¿Qué me pongo hoy?

La complaciente Ninette iba sacando uno por uno todos sus trajes mañaneros. Por fin se resolvió por uno primaveral de *crepé* estampado en enormes brodelias anaranjadas sobre fondo blanco.

¿Me pongo sombrero?, se preguntó indecisa; ya aquí no se usa; pero yo no me acostumbro a andar sin él.

Con resolución escogió uno de extendidas alas.

Entró al aposento una criada con el fajo de correspondencia que acababa de traer el cartero.

Aquí debe venir la dichosa carta de Jorge. Voy a leerla en una carrerita, antes de que llegue Julieta, se dijo.

En vez de la que buscaba encontró una de su cuñado Alberto.

¿Qué es esto?, se preguntó extrañada. No me ha vuelto a escribir desde que nos distanciamos.

Llena de curiosidad se apresuró a abrirla.

¡Qué cinismo! Llenarme de reproches por lo que llama mi conducta inconsecuente e ingrata para con él y Matilde, que tanto desearon ayudarme.

Sonrió despectivamente y según continuaba leyendo iba frunciendo más y más el ceño, y un gesto de disgusto asombro se marcaba en su rostro.

Alberto le escribía:

«Pensé no volver a tener comunicación contigo, que tan mal has pagado nuestro cariño; pero nunca he retrocedido ante el cumplimiento de un deber, y éste me exige pedirte ahora que vengas a la Habana sin demora. La casualidad me ha puesto en conocimiento de ciertos datos que me han obligado a poner en juego la indiscutible autoridad que tengo, como jefe de mi familia, sobre los miembros que la componen.

Al manifestarme Jorge, quien acaba de llegar, llamado también por mí, que le era preciso ausentarse enseguida sin esperar tu llegada, le he prohibido marcharse y le he manifestado además que de no cumplir mi mandato me veré en la necesidad, por más que me repugne este paso, de enterar inmediatamente a las autoridades pertinentes sobre sus nefandas actividades.

No ceso de reprocharme el haber permitido que el enojo causado por tu precipitada decisión, me impulsaran a apartarme de tu camino, impidiéndome evitar que te enredaras con tan vil sujeto. No me explico cómo le ha sido posible engañarte. Recuerdo muy bien que delante de tí, tanto Alfonso como yo lamentamos varias veces el hecho de que una persona tan desacreditada formara parte de nuestra familia... »

Y así, reproche tras reproche seguía la carta.

A pesar del recelo latente, que siempre había sentido con respecto a Jorge, no se alarmó Ysabel; el resentimiento profundo que sentía en contra de Alberto le impedía admitir que pudiera tener razón en algo.

¡Qué de barbaridades escribe este hombre! Todo esto no pasará de ser uno de sus gestos de fatuo y entrometido...

Buscó de nuevo entre la correspondencia.

¡Ah, qué dicha... aquí está! De seguro que traerá la clave de tanto misterio!

Pero la carta de Jorge no decía lo que Ysa-



bel esperaba. Era simplemente una lacónica notita, en la cual le comunicaba que la mala situación del mercado cubano había afectado de tal manera sus recursos que no le sería posible seguir pagando los gastos de mantenimiento ni los intereses de las deudas que pesaban sobre su palacio de la Habana y su quinta de Varadero, y que no obstante su promesa de conservárselos, no tendría más remedio que entregarlos a sus acreedores. Terminaba dándole la seguridad de que rescataría los adornos y una parte del mobiliario y se los enviaría a Costa Rica a la mayor brevedad.

Estrujó rabiosamente la carta entre sus crispadas manos. En el colmo de la indignación, lágrimas de furia y despecho se agolparon a sus ojos.

—¡Falso... odioso! Si se cree que me endulza con sus promesas de enviarme los muebles está muy equivocado...

—¡Ysa... Ysa! ¿Ya estás lista?

La llamaba Julieta desde el jardín. Con fuerte voluntad dominó Ysabel su enojo y se apresuró a guardar la carta en un gabinete que tenía a mano, como si temiera que al verla adivinara Julieta su contenido y tuviera motivo para sentirse triunfante.

Luego, mientras Julieta incansable se empeñaba en buscar en todas las tiendas de la calle central un brocado para forrar los muebles de

su sala, de un tono especialísimo que armonizara exactamente con el de las cortinas, y se detenía a cada instante para saludar y emprender interminables charlas con cuanta persona conocida se encontraban, el mal humor de Ysabel iba en aumento. Se sentía indignada con su cuñado, con Jorge, con el brillante sol que entibiaba el aire de la mañana, con la humanidad que reía despreocupada y feliz y sobre todo con su destino que tan despiadado se mostraba con ella.

—¡Mirá!—exclamó riendo Julieta mientras le mostraba una exhibición de atrevidos trajes de baño de diminutos calzoncitos e infinitésimos *soutains*—dos piezas—en el ventanal de uno de los almacenes que, poco a poco, habían repuesto aquellas truchas de su juventud cercanas al Mercado en donde con franqueza provinciana habían ondeado al aire desde la entrada cobijas rojas de negras franjas, rebozos de vistosas listas y largos flecos y entre festones de encajes, cintas y tiras bordadas, trozos de zarazas rameadas de colores chillones.

—¡Mirá!—repitió Julieta—Y pensar cuánto criticaron a aquellas muchachas de nuestros tiempos que se atrevían a bañarse en la playa de Puntarenas, aunque usaran más ropas que las que ahora llevamos puestas. ¿Te acordás? Traje marinero de basta tela azul-marino, medias largas negras de grueso tejido, zapatos altos de lona y hasta corsé emballenado como una co-

raza. ¡Qué gracia me hace ahora recordar que mis hermanos hicieron un viaje especial a Puntarenas porque les contaron que desde el puente situado a no menos de dos cuadras de los baños destinados a mujeres, se podían observar con binóculos esas beldades.

Apenas si sonrió Ysabel de las ocurrencias de Julieta. No estaba para celebrar reminiscencias chistosas, ni de ninguna otra clase.

—Entremos aquí—dijo Julieta al pasar frente al salón de belleza de moda—. Quiero que me repeinen para la comida de esta noche.

Ysabel se negó a acompañarla.

—Tengo un jaquecón tremendo—pretextó desabrida—. Quedáte vos. Me voy a que Ninette me dé un masaje. Es lo único que me alivia.

Al llegar a su casa subió directamente a su dormitorio y desahogó su cólera y su disgusto sollozando entre los almohadones de encaje que adornaban su *chaise-longue*.

—¡No quiero nada!—contestó con sequedad a Ninette cuando llegó a avisarle que el almuerzo estaba servido.

Acostumbrada ya a los enfurruñamientos de su ama, que hasta la fecha y en cuanto sus caprichos eran cumplidos desaparecían como por encanto, bajó Ninette, no obstante su negativa, a traerle algún bocadito.

Sentía Ysabel una honda preocupación que la ahogaba.—¿Qué hacer... cómo arreglarse?



¡Ir a la Habana, ni pensarlo! De sobra sabía que lo único que pretendía Alberto con sus misteriosas llamadas era humillarla... ¡Sí, sin consultar a nadie se iría inmediatamente para Nueva York, por el avión de Méjico! Allí estaban tía Luisa y María Elena y, sobre todo, su fiel adorador. Se casaría sin más demora. El la defendería y por su medio recobraría de nuevo su posición y fortuna.

¡Ya está, no pensaré más en esto! Ahorita mismo le digo a Ninette que vaya a separar los pasajes.

Para calmar su agitación tomó de una mesa vecina el periódico del día y se dispuso a hojearlo.

—¡Ave María... qué pesadez... política y más política! Ya aquí no se habla de otra cosa. ¡Y qué manera de hacerlo! Cualquiera que no nos conozca creería que en Costa Rica no hay más que borrachos, ladrones y asesinos... ¡Pero...! ¿Qué es esto...?

Le pareció que repentinamente se encendía en su cerebro una luz vivísima a cuya claridad se destacaban aterradoras revelaciones. Su corazón latió con tal violencia que le cortaba el aliento.

—¡Virgencita de los Dolores, ten piedad de mí...!

No pudo decir más.

—Es su viejo mal, ese mal que ya parece hereditario en ustedes los Girón—diagnosticó el antiguo médico de la familia, el mismo que había traído al mundo a Ysabel—según se complacía en recordarle cada vez que la veía—. ¿Saben ustedes si ha tenido algún disgusto últimamente?—continuó—aunque ella se empeña en que no.

—¡Ah, pues si se empeña, no lo sabremos jamás, a no ser que yo me vuelva adivina, porque a necia y terca no le gana nadie!—le contestó Eloísa.

No en adivina sino en nigromante hubiera tenido que tornarse Eloísa, para haber podido sospechar siquiera la causa del malestar de su sobrina.

—Mirá, Ysabel—le decía varios días después el viejo doctor—: esto ya no es juguete. Tampoco es para que te asustés creyéndote en peligro de muerte; pero sí tenés que cuidarte. Mucho reposo, mucha tranquilidad. No más andar por ahí en eterna parranda, o te va a llevar la trampa.

—¡Jesús, Monchito, ni para qué le decís nada!—intervino Eloísa.—Ya verás como ahorita se pone hecha un brazo de mar y sigue en la misma. Ni creas que siquiera te toma en cuenta. Le has dicho que guarde cama y se pasa levan-

tada revoloteando por el cuarto de día y de noche; le has prohibido que fume y por lo mismo se ha vuelto una chimenea. ¡Con bien se mejore Margarita de ese influenzón que la tiene inútil y venga a imponérsele a esta criatura! ¡Pero ni para qué, si a nadie le hace caso!—terminó con exasperado acento.

Se despidió el doctor y Eloísa se fué para la cocina a preparar una sustancia de gallina, panacea infalible, en su concepto, para todos los males. Estaba realmente preocupada por el quebranto físico y moral que mostraba su sobrina.

Como si su conciencia fuera cruel fantasma que esperara encontrarla sola para salir de su escondrijo y asaltar su maltratado espíritu, en cuanto el doctor y Eloísa salieron de su alcoba, remordimientos y zozobras de nuevo atormentaron a Ysabel.

Desde aquel día en que leyó en el periódico el fatídico cable que la enteró del asesinato de su cuñado, había creído morir de espanto y de angustia.

¡Un asesinato!... ¡Un crimen!... Tétricas palabras que a fuer de leerlas en las novelas policíacas que inundan el mundo han perdido su verdadero significado, y no impresionan, ni parecen tener vida propia, hasta que de pronto se arrancan del reino de lo irreal y traicioneramente emergen de la penumbra y como fieras salvajes hieren, destrozan, destruyen...



Sentía marcadas en su frente, como grabadas con letras de fuego, los títulos que habían revoloteado ante sus ojos, en macabra danza, mientras al temblor de sus ateridas manos crujía el periódico:

EL DISTINGUIDO CLUBMAN Y PROMINENTE  
HOMBRE DE NEGOCIOS, ALBERTO REZÉN Y  
SANDOVAL FUÉ ASESINADO ANOCHE . . .

En dantesco trozo de película que se repitiera incesantemente, su imaginación febril le presentaba la escena como la describía lacónicamente el parte: Un automóvil se aproximaba, sonaban varios disparos y el cadáver de Alberto rodaba exánime por el pavimento de la calle, bañado en sangre.

—¡No... no...!—gritó Ysabel en alta voz, cerrando los ojos como si así pudiera ahuyentar la horrenda visión.

Y no era tan sólo por la muerte de su cuñado que se horrorizaba; era que en el fondo de su ser crecía la convicción de que ella, de alguna manera inexplicable, estaba complicada en este crimen, aunque instintivamente rechazaba en seguida este pensamiento.

—¡Es espantoso, horrible! ¿Pero qué culpa puedo tener yo? Alberto se referiría tan sólo a la venta de mis bienes. Me llamaba a la Habana para mortificarme.

Y no obstante, poco a poco e inexorablemente se marcaba en su conciencia la convicción de que ella era cómplice de Jorge en algo inconfesable, depravado, monstruoso. Que de él emanaba un hálito de malignidad venenosa y mortífera que la contaminaba y acabaría, como le dijo Miguel, por causar su ruina.

Sintiendo que se ahogaba se incorporó en el lecho. Al hacerlo vió reflejado en el espejo de luna que tenía frente a su cama un rostro demacrado, de labios pálidos y ojos de espanto.

¡No puedo seguir así! Esta obsesión que me atormenta es mórbida, tonta, insana... acabaré por perder el juicio... Me pondré vieja, feísima...

Afuera caía una lluvia persistente que al ser batida por el viento contra los llorosos cristales sonaba con lúgubre chasquido. Una rama de un árbol cercano a la casa golpeaba una y otra vez la ventana de su cuarto.

¡Pareciera que un espectro está pidiendo que lo deje entrar!, pensó Ysabel.

Sus nervios alterados le hicieron ver en esto un seguro presagio de que algo macabro, empeñado en deshacer cuanto hasta entonces había dado incentivo a su existencia, se atravesaba en su camino.

La invadió un miedo enorme que la helaba de terror. Presa de intensa nerviosidad se tiró de la cama y corrió descalza por la alfombra

a correr los cortinajes sobre los cristales. Una por una fué encendiendo las luces de su cuarto. Todo era inútil. Nada lograba calmar su inquietud y la honda congoja que oprimía su corazón.

Regresó al lecho y reclinando su cabeza sobre las almohadas cubiertas de lino y encaje siguió ensimismada en triste meditación. En vano se esforzaba por escapar de las insidiosas pesadillas que la perseguían sin tregua.

Hacía ya varias noches que al caer fatigada por sus propias divagaciones, en un sopor febril, fantasmagorías horripilantes invadían sus angustiosos sueños de los que despertaba con un vago y extraño remordimiento, bañada en helado sudor, un peso agotador sobre su corazón.

La lluvia había cesado. En cambio el viento arreciaba, azotando la casa con intermitentes ráfagas.

Entró tía Eloísa en la alcoba de Ysabel envuelta en un sinfín de pañoletas y mantos.

—¡Bueno, me voy en tu carro aprovechando esta escampadita. Cuidado con no tomarte el caldito que te hice. Ya te lo trae Ninette. ¡No, hoy no me quedo! ¡Ya vos estás mejor! ¡Si no llego, es capaz Margarita de levantarse y venir acá, y eso sí que sería fatal, porque cuando esa mujer pesca una pechuguera, es de alquilar balcones!

Sentía horror Ysabel de quedarse sola. Con mil pretextos retuvo a su doncella; pero viéndola rendida de sueño, por fin la dejó marchar.



Dominada por un profundo desasosiego se levantó de nuevo. Entonces envuelta en un ropón de felpa daba vueltas por la habitación, arreglando un adorno, enderezando un mueble, o dándoles un ligero toque a las flores que adornaban el altarcito de la Virgen.

Se quedó inmóvil un rato contemplando con una mirada triste, suplicante, sin pronunciar palabra, el angelical rostro de la santa imagen... Había rezado tanto ya... Y sin embargo, prostrada de hinojos, ahí, a los pies de su único consuelo, la sorprendió la aurora.

\*

Lo de Alberto debe haber sido por causa de alguna mujer—se decía—. ¡Quién sabe en qué enredos andaría complicado! ¡Así son los hombres...!

De nuevo se animaba y tejía mil planes. Ya no la atemorizaba la muerte de su cuñado, convencida de que en nada afectaría su propia vida.

En breve se convertiría en la señora de Gleason, a salvo de las maquinaciones de cualquier aventurero.

Larry le había escrito:

«No he querido tocar mi casa de Nueva York, *sweetheart*, ni el *cottage* de Bar Harbour, porque deseo que sea usted la que, con su exquisito gusto, dirija las reformas y escoja el decorado».

Luego en su última carta le contaba:

«Pensé guardar esta sorpresa para cuando usted llegare; pero no he podido resistir la tentación de enterarla. He comprado el *chalet* de Palm Beach de los Bronson. Al saber que estaba de venta, recordé que un día me dijo usted que había quedado enamorada de él, desde que pasó un *week-end* ahí.

Con intenso deleite se trasladó Ysabel al palacete que había sido de sus amigos Bob y Tillie Bronson y que ya podía considerar como propio. Vagaba con la imaginación por sus espléndidos salones, se paseaba por las amplias terrazas de piso como rojo y reluciente espejo, apoyada en una de las gruesas columnas del pórtico, dejaba correr su mirada por los exuberantes jardines tropicales que en suave pendiente descendían hasta un mar de lapislázuli, y rodeada de nuevo por sus antiguos admiradores vivía otra vez la existencia que siempre había deseado, la única que jamás le causaba hastío.

No se podía explicar ahora qué le había impedido aceptar a Larry antes, por lo menos desde que quedó arruinada. ¿Cómo había sido posible que ella no se hubiera apresurado a recuperar la posición que le correspondía en el mundo?

Deseaba partir cuanto antes; pero cediendo a los ruegos de su familia, resolvió dejar a

Ninette encargada de los preparativos del viaje, e irse a pasar unos días a la finca de sus padres.

Estoy muy estropeada, pensó, y una temporada de reposo en el campo me caerá muy bien. Si llego así, de repente se me desilusiona Larry.

La antigua casa de la hacienda conservaba todo el sabor de antaño; pero había sido restaurada con gusto, y ostentaba ahora una elegancia y comodidad modernas.

Los jardines, cultivados con esmero, ocupaban todo el terreno situado al frente y a los costados del edificio y se extendían bajo la sombra de los anonos, naranjos, mangos, y otros árboles frutales que habían formado enmarañado bosque en los tiempos de su padre.

Los días pasaron para Ysabel como en un ensueño—saturados de sol, de aire puro y de un aroma vivificante, más embriagador y más dulce que ningún otro, el del jardín de su infancia. Desde que abría los ojos en aquellas frescas y claras mañanitas de abril, se sentía contenta y con deleite escuchaba el tierno arrullo de las palomas que anidaban en los aleros del corredor bajo su ventana. Oía a lo lejos el mugido de las vacas y el berreo de los terneros; le parecía percibir el chorro de leche al caer con ruido metálico en los baldes de ordeño, y con impaciencia esperaba que le trajeran el enorme vaso de postrera que constituía ahora su desayuno.



Las horas volaban en este paraíso como si tuvieran alas. Segura ya de un futuro bienestar saboreaba Ysabel con íntimo e intenso placer este intervalo de paz en su agitada vida. Y las pocas veces que la invadían de nuevo recelosas aprensiones, como quien corre al regazo de cariñosa madre para calmar sus penas, buscaba el tranquilo y soñoliento ambiente de la Poza Azul. Con fruición se tendía sobre el suave césped, escuchaba la risa de la cantarina fuente, el sedante murmullo de los seculares árboles que habían acompañado sus primaverales anhelos.

¡Ah, quién pudiera volver a la juventud!, se decía invadida por romántica melancolía. ¡Volver a aquellos tiempos de floridas ilusiones, ser como estas mariposas que vuelan sin pensar, sin sentir...

Por dicha Larry es muy amante de la naturaleza y de las cosas típicas de antaño; le pediré que aquí, al lado de este manantial, me construya una casita campestre enjabelgada de blanco, con puertas y ventanas de color azul cielo. Una carreta adornada de arabescos de alegres tonos le dará colorido local al patiecito, cercado con una tapia de piedras, que sembraré de lindas flores.

Y entusiasmada por estas quimeras entonó la vieja canción que había sido su favorita cuando niña:

Una casita de tosca piedra  
junto a la margen de un manantial,  
donde florece la verde hiedra  
y enamorado canta un turpial.

Un manso lago de blanca espuma,  
en cuyas ondas de azul color  
bogan los cisnes de nivea pluma,  
al son del remo del pescador.

Un cielo negro, lleno de estrellas  
que desvanecen la oscuridad,  
suaves perfumes, músicas bellas,  
y allá a lo lejos la tempestad.

¡Ay sí, qué lindo, venir a este encantador  
retiro, cada vez que me fastidie del mundo y de  
tantas gentes enojosas y frívolas!

Aletargados ya sus celos, tranquila y feliz  
subía el camino hacia el hogar. Al cruzar el  
huerto se detenía a descansar al pie del florido  
naranja, cuya fragancia le traía el recuerdo de  
su primer amor. Desde los patios se oía el adormecedor  
schss, schss, de las paletas que en su  
tarea de airear los granos de café rastrilleaban  
los peones por el cemento. Y mientras las mon-  
tañas se cubrían de purpúreas sombras y allá en  
las cumbres brillaban los últimos destellos de  
un sol moribundo, Ysabel, la vista perdida en  
el horizonte, soñaba con halagadoras fantasías.

Entrecortada la respiración, con dificultad, ascendía Ysabel un angosto sendero que serpenteaba entre enormes peñascos.

Densos nubarrones oscurecían el sol, dejando pasar apenas una débil claridad mortecina y lívida.

Miró a su derredor sobrecogida y vió que largos fantasmas envueltos en sudarios ondulantes y casi incoloros formaban un cerco que lenta, silenciosamente, estrechaban. Quiso huír; pero el camino que había dejado atrás había desaparecido y a sus pies se extendía un tenebroso abismo.

A la luz de fugaz y rojizo resplandor distinguió a Jorge, quien vistiendo extraño traje de malla negra descendía por entre las peñas.

—¡Ayúdame!—le imploró corriendo a refugiarse entre sus brazos. Retrocedió horrorizada. No era Jorge, era una figura siniestra que con espantosas muecas lanzaba diabólicas carcajadas.

Helada de terror sintió Ysabel que caía en el abismo, mientras las sombras la cubrían con sus velos.

Despertó sobresaltada. Un dolor sordo oprimía su pecho impidiéndole respirar. Instintivamente buscó, con mano trémula, el botón de la luz.



¡Hasta cuándo me atormentarán estas estúpidas pesadillas! ¡Ahora me quedaré desvelada todo el resto de la noche!

La exasperaba soñar con Jorge, cuando lo único que la inspiraba era repugnancia y recelo. Para distraer su inquietud se levantó a buscar un libro que había empezado a leer esa tarde. Entre las páginas estaba una carta que le había entregado Pedro, poco antes de la comida.

¡Qué suerte que Jorge estará pronto en San José. En cuanto llegue le diré que nuestro pacto ha terminado. ¡Dios quiera entonces apartarlo de mi camino para siempre!

Repentina sensación de miedo la sobrecogió. Sintió que de la carta se desprendía una exhalación maldita que la dominaba y le impediría desatar los lazos que la unían a Jorge.

Sin saber cómo, se encontró asida al marco de la ventana, mirando hacia el vacío; las sienes empapadas de sudor helado. Sentía un extraño zumbido en el cerebro, una opresión agotadora y anonadante sobre el corazón y que la vista se le nublaba.

El frescor de la suave brisa acarició su rostro y deshizo la nube que había cegado sus ojos.

Allá, a lo lejos, sobre un cielo azul oscuro tachonado de estrellas, se destacaba muy claro el nítido perfil de las montañas iluminadas por la luz casi mística de la luna. Escondido entre el follaje de un árbol vecino, un pajarillo oculto

le ofrendaba la voluptuosa melodía de su canto. Había un hálito de primavera en esta noche majestuosamente serena y clara.

Del florido jazmín que enredaba en los horcones, del mirto que frente a ella bordeaba los senderos del jardín, surgía un penetrante aroma que la trasladó al pasado. Acudió a su memoria aquella otra noche, largo tiempo perdida entre los recuerdos de su juventud, en que también llena de intranquilidad, se había levantado a deshoras a contemplar el cielo desde el corredor de la casona paterna.

Un reparador augurio de dicha inundó su alma y aligeró su congoja. Experimentó la consoladora impresión de no estar sola: la acompañaban todos aquellos seres queridos de su niñez y de su adolescencia, casi todos desaparecidos para siempre.

Le parecía oír a su alrededor un misterioso murmullo de voces dulces, sentir un perfume sutil y sin embargo poderoso que persistía a través de los tiempos, un reaparecer de sentimientos evocados con temerosa veneración que la invadían y hacían nacer en su alma un anhelo de perfeccionamiento.

Tienen razón mamá y tía Eloísa, se dijo con humildad; debo acercarme mucho a ellas, saturarme de su santidad, abandonar esta vida vana y fútil, buscar la felicidad que ellas encuen-

tran haciendo negación de sus propios deseos en bien de sus semejantes.

Como un eco del bendito pasado volvieron a su mente en religioso recuerdo las palabras que oyera pronunciar un día a su Mamita Magda: «Dedicar nuestra vida a otros, Ysabel... servir y amar a los seres queridos... allí está la verdadera dicha...».

\*

Regresó a su casa la víspera del día en que debía llegar Jorge. Con firme determinación estaba resuelta a terminar un pacto que ofendía su altivez. Ensayó en su mente las razones que le presentaría a Jorge.

¿Me lo permitirá?—se preguntó con un residuo de temor.—¡Jesús, qué tonta soy, ni que fuera mi dueño!

Se sentía muy fuerte y con firmeza se dijo: ¡Dios me ayudará a vencer!

Todavía embargada por los sentimientos de humildad y contrición de la noche anterior, se fué a confesar y al día siguiente, muy temprano, comulgó en la capillita de Sion.

El altar ornado de azucenas y lirios que tantas veces ayudó a engalanar de niña, el ambiente todo del reluciente y blanco santuario, la enterneció acrecentando su fervor, su ansia de acercarse mucho a Dios.

Se preparaba para el almuerzo, cuando oyó



la voz de su hermano Pedro que preguntaba por ella, y enseguida, las pisadas de alguien que subía con lentitud la escalera principal.

El semblante de Pedro, pálido y desencajado, la dejó paralizada y muda de terror.

Su hermano tampoco hablaba y ambos se quedaron un rato contemplándose, como temerosos de romper el silencio.

—¿Qué pasa...?—pudo por fin balbucear Ysabel, mientras cruzaban por su mente, en horrible vértigo, mil pavorosas escenas.

—¿Mamá... la niña... tía Eloísa...?

Lo interrogó mientras un cerco helado circundaba sus labios.

Sin pronunciar palabra, Pedro movía negativamente la cabeza. Al cabo murmuró con una voz extraña, casi extrangulada en su garganta:

—¡No se preocupe, *a ellas* no les pasa nada! Siéntese. Tenemos que hablar de algo muy grave.

Sintiendo que un frío glacial invadía su corazón, se dejó caer Ysabel en un sillón.

¿Qué significaría ese extraño comportamiento de Pedro? ¿Por qué le hablaba de usted, como si no fuera su hermana?

—¡No lo hubiera creído, Ysabel, si no tuviera pruebas irrecusables que demuestran que es verdad lo que me aseguran!—oyó decir a Pedro, como en una pesadilla, con una voz baja y temblorosa; y espantada, lo vio caer con

desaliento en una silla, taparse la cara con ambas manos y sollozar en silencio.

Hablaron largo rato y en ese intervalo la mujer supremamente bella que había sido Ysabel desapareció para siempre.

Parecía haber envejecido veinte años.

Al quedarse sola, con los ojos fijos, la boca entreabierta, murmuró bajito:

—¡No, no es posible que esto me suceda a mí... a mí... No, no puede ser verdad!

Pasó como atontada varios minutos. Luego haciendo un esfuerzo supremo, demacrada, vacilante, como quien ha pasado por larga y cruel enfermedad, se acercó al teléfono y procurando en vano normalizar su voz, llamó al hotel en donde acostumbraba hospedarse Jorge. Pronto la comunicaron con él y, sin más explicaciones, le pidió que viniera a su casa inmediatamente.

Bajó a la sala. Sentía un horrible malestar que la ahogaba, unos deseos locos de gritar, de mesarse los cabellos, de hacer añicos los valiosos objetos que adornaban su salón, de matar a ese hombre infame que de manera tan vil la había engañado.

Al llegar y darse cuenta de su agitación, Jorge se inmutó por un momento; pero bien pronto había recobrado su compostura. Estaba acostumbrado a confrontar situaciones difíciles.

Ysabel intentó hablarle; pero no pudo arti-

cular ninguna frase: las palabras morían en su garganta.

Solícito le preguntó:

—¿Qué tienes... qué te pasa? ¡Pareces una muerta! ¿Le ocurre algo a la nena?

—¡No la mientes siquiera!—exclamó Ysabel, pareciéndole que profanaba a su hijita con sólo nombrarla. Luego continuó, sorprendiéndose de la serenidad con que de pronto pudo hablar y enfrentarse a Jorge, a pesar de que sentía la muerte en el alma.

—Hace días comencé a sospechar que me engañabas vilmente, y a temer que de seguir contigo me esperarían horribles desgracias. En Nueva York te hablé de ello. Pero fuiste muy hábil y seguí engañada. No tenía pruebas, no me atrevía a creer lo que ya mi intuición comenzaba a hacerme temer, y hasta ahora... ¡necia de mí!... con una inconsciencia que me horroriza me negué a dar cabida a las sospechas que me atormentaban a todas horas sobre los paquetes de «correspondencia confidencial», según me decías, que me entregaban para que llevara a Cuba o Estados Unidos.

—No comprendo qué me quieres decir, Ysabel—replicó Jorge con suavidad.—¿De qué cosas incomprensibles me hablas?

—¡No te hagas el inocente!—rugió Ysabel con los dientes apretados, retándolo con ojos ardien-



tes como ascuas—. Sería inútil que intentaras engañarme de nuevo! ¡Todo lo sé ya! Mi hermano acaba de enterarme de que tú diriges una vasta red de traficantes en un comercio tan ruin que me siento morir de horror y de asco al pensar que yo he sido tu cómplice.

Un sollozo ahogó sus últimas palabras.

—¡Oyeme, Ysabel, por Dios, no te pongas así! Bueno, lo sabes, pero, ¿por qué vas a echarlo a perder todo por unos cuantos escrúpulos exagerados y necios? Tú me has ayudado mucho. Te confieso que sin tí, que puedes pasar libremente, gracias a tus entronques, por las aduanas de aquí, Cuba y Nueva York, me hubiera sido imposible dirigir mis negocios de una manera tan eficiente. ¿Pero, por qué me increpas? ¿No he cumplido yo mi parte? ¿No he sido harto generoso contigo?... Y después de todo, sea este negocio como sea, no ha de desaparecer porque tú o yo nos retiremos de él. Si no lo hiciera yo, lo haría otro cualquiera. ¿Por qué no hemos de ser nosotros los beneficiados?

—¡Basta!—le gritó Ysabel, en el colmo de la furia—. ¿Cómo puede usted hablar así sin sentirse asqueado de sí mismo? ¡Yo me siento morir de vergüenza y desesperación! Puede usted estar seguro que desde este instante doy por terminado todo trato entre nosotros. Y no vuelva a pisar el umbral de mi casa porque me

obligaría a mandarlo a echar—terminó con un gesto de supremo desprecio.

Jorge se quedó contemplándola de una manera enigmática, con una mirada fría, malévola, de concentrada furia. La sonrisa con la cual había hecho frente a sus primeras palabras había desaparecido y ahora la miraba con una arrogancia cruel que estremeció de ira a Ysabel.

Sintió que se le contraía el corazón al sople de una helada ráfaga de pavor.

—¿Tu casa, dices?

Con insultante sarcasmo le lanzó Jorge esta pregunta.

Luego se encogió de hombros, sacó de su bolsillo una elegante pitillera de plata y tomó un cigarrillo que se puso a fumar tranquilamente, asumiendo de nuevo su pose habitual de hombre de mundo, frío y correcto, a quien jamás altera ninguna emoción. Lentamente, con cierta inflexión burlona en la voz murmuró:

—Harías una excelente actriz, Ysabel; pero, a la verdad, no me explico a qué vienen ahora tantas comiquerías. ¡Vamos a ver cómo te las vas a arreglar, porque me imagino que no pensará Su Alteza Real vivir del aire...!

—¡Le prohíbo!—gritó Ysabel, saliendo del mudo estupor con que había tolerado sus insolencias—; le prohíbo—repitió imperiosamente—hablarme de esa manera. ¿Se ha olvidado usted

de quién soy yo? De muy diferente modo me habla ahora de aquel día, fatal para mí, en que con toda humildad y respeto mendigaba lo que llamó mi valiosa cooperación.

—Mira, Ysabel—le replicó Jorge, siempre con engañosa suavidad—vamos a hablar claro, y puesto que me preguntas quién creo yo que eres tú, me pones en el aprieto de decirte, muy a mi pesar, te lo aseguro—y aquí le hizo una reverente cortesía—que eres otra de tantas *señoras* que pretenden vivir de balde, que quieren llevar una vida holgada, ser dueñas de riquezas, posición, ostentar joyas y trajes; pero que a la hora de pagar se acuerdan de remilgos y melindres... ¿Querías la verdad? Pues ahí la tienes. Ahora te diré otra. No te hagas la ilusión de que voy a ser tan ingenuo para dejarte escapar y perder tu valiosa ayuda, que dicho sea de paso, te he pagado con creces, más, mucho más de lo que recibe cualquiera de mis cooperadores. Esta largueza, debo decírtelo, debes agradecerla a la debilidad que siempre he sentido por tí y que a no ser porque nunca acostumbro mezclar intrigas amorosas con los negocios, me hubiera sido fácil cobrarte de otro modo. Pero aunque yo consintiera, no creas que podrías retirarte del negocio. No depende de mí ni de tí. Si yo fuera tan flojo que aceptara tu resolución no faltaría algún otro de la asocia-



ción que viniese a poner las cosas en su lugar: no se retira úno así no más de un asunto como éste, en el que se van jugando, no sólo la vida y el honor propios, sino también los de centenares de personas.

Ysabel escuchaba aterrada las revelaciones que Jorge le hacía de una manera tan cínica. El recuerdo de lo que había sucedido a Alberto cruzó por su cerebro. Su mente atormentada comprendía ahora todo el horror de su conducta, sus espantosas consecuencias y la vergüenza que caería no sólo sobre ella sino también sobre toda su familia. Por su culpa, María Elena, su madre, Pedro, tía Eloísa, sufrirían humillaciones. ¿Cómo podrían resistir el peso de esta grave afrenta, de esta negra mancha que deshonoraba su apellido, que habían transmitido inmaculado, unas generaciones a las otras, a través de varios siglos? Su corazón adolorido se le partía en mil pedazos.

Le parecía imposible que mientras en su alma se adentraba una oscuridad siniestra y pavorosa, al otro lado de la ventana, acariciada por los rayos de un sol brillante, una enorme y bella rosa se balanceaba en su tallo al impulso de suave brisa.

Su mente no acababa de comprender, no quería creer cuanto había oído.

—¡Yo, yo, la hija de don Rafael Girón, la

viuda de Alfonso Rezén, la prometida de Lawrence Gleason, verme ahora señalada, rebajada, despreciada, llevada talvez ante jueces y tribunales . . . !

En unos pocos segundos vivió largos años. Por vez primera leyó en su corazón y se dió cuenta, con aterradora claridad, de que toda su vida había corrido en pos de valores equívocos, que había adorado a dioses falsos.

A la luz de sus horribles palabras, veía ahora a Jorge en todo su repugnante y criminal papel de araña emboscada que teje su tela, enredando en ella a miles de desgraciados seres, quienes sin conciencia ni moral, sembraban luego el vicio y la muerte por doquiera. Un verdadero Caín, cruel e implacable asesino no sólo del cuerpo sino del alma, que por amor al lucro arrastraba a sus hermanos a los más terribles y asquerosos extremos.

Despavorida, con ademán de loca, subió corriendo las escaleras y ya en su dormitorio se dejó caer a los pies de la Virgen, llorando en alto con desesperación.

—¡Sálvame, Virgencita, sálvame! No lo hagas por mí, piensa en mi hijita, en mi madre, en todos los míos que tanto sufrirían por mi culpa! ¡Castígame, quítamelo todo, pero ten misericordia de ellos!—imploró, alzando su mirada suplicante hacia su rostro.

Le pareció que la santa imagen la miraba con desprecio, que un vaporoso velo lentamente espesado la cubría cual densa niebla, y que poco a poco se alejaba de ella.

Sintió que se ahogaba, y presa de indecible pánico se puso de pie y trató de coger aire, mientras, alzando los brazos, intentaba detener a su Madre Celestial que lentamente se esfumaba ante su vista. Una sensación indescriptible de inmenso dolor, torturante, acerado, le traspasó el corazón.

—¡Me abandona!—pensó desesperada; y lanzando un agudo grito cayó desplomada, muerta, a los pies de su adorada Virgen.

F I N





